

**JOSÉ CORTINES PACHECO,
PAISANO Y AMIGO**

Tal vez, por razones de paisanaje, me ha elegido esta Real Academia para glosar, en esta solemne sesión necrológica, la figura del Ilustre Académico Don José Cortines Pacheco.

Pero el común lugar de nacimiento, con ser una buena razón, no es la que esgrimo con mayor orgullo en este momento. Ocupan el primer lugar, razones de amistad, amistad casi fraterna, vínculos de afinidades que ambos cultivamos y que echaron raíces profundas de una mutua fidelidad. Cortines tenía un alto sentido de la amistad; así lo dijo contestando a mi discurso de ingreso en esta Academia: "La amistad es un don de Dios, es una familia cuyos individuos se eligen a voluntad, es una hermandad de espíritu, que creo muy superior a la de sangre,...". Me legitima, pues, el más noble de los títulos para recordar públicamente algunos rasgos que permitan conocer mejor la singular figura del amigo que nos ha dejado.

La diferencia de unos años es mucha cuando tenemos pocos; cuando crecemos desaparece la diferencia en convergencia con ese destino postretero donde todos nos igualamos. Es, por ello, que mis primeros recuerdos de Don José Cortines sean aquellos lejanos días en Lebrija, yo niño y él adulto, cuando me deslumbró con su flamante uniforme de oficial del ejército; singular impacto cuando, herido y con muletas, lo veía con óptica infantil como mítico héroe de aquella guerra del treinta y seis, en la que yo solo era "un flecha". Se reaviva su imagen y lo recuerdo nuevamente con su capa española, "pelando la pava" en la reja más baja de la palaciega casa de Pilar, su única novia y madre de sus seis hijos.

La diferencia de edad me mantenían distante, pero su personalidad era tan sugestiva que no pasaba desapercibido, incluso para el niño que yo

era entonces. Su figura sobresalía en aquella Lebrija palurda y gris de la posguerra. Allí destacaba su elegante y señorial presencia; incluso caminando descalzo y encapuchado, con negra túnica, la madrugada del Viernes Santo, sobresalía entre todos los penitentes. También se comentaban sus "extravagancias": se decía, como algo muy extraño en aquel ambiente, que había pintado a la bella gitana del "Funi"; y, ante el espejo, él mismo se había retratado como un caballero de El Greco.

Ahora lo confieso: aquel autorretrato con barba de perilla y gola, estaba colgado en su despacho, y era visible por la ventana desde la calle; muchas veces, furtivamente, contemplé aquel original autorretrato que, con la aureola de la admiración popular, me estimuló una saludable envidia. Estoy seguro que la atracción que ejerció ese cuadro en mi incipiente vocación de pintor, marcó mi carrera, y también mi admiración por el Cortines pintor.

Pero Don José no era artista de un solo registro; fue un apasionado melómano que se acercaba a la interpretación con la modestia del auténtico sabio; es conocida su predilección por el Miserere de Eslava, cuya audición le acompañó hasta los últimos días de su vida, y más allá, que hasta en su propio funeral pudo oírse. Esa afición tuvo sus más altas cotas en el feliz encuentro con un singular jesuita que residía en Lebrija, el padre Morales, un genio inclasificable que la historia no ha reconocido. ¡Aquellas veladas con un reducido grupo de admiradores, donde el ilustrado sacerdote practicaba en el piano los más selectos repertorios, potenciados con su erudición y con la belleza poética de su palabra. Porque, quede dicho, el gusto literario de Don José no iba a la zaga del musical.

Son muchas las impresiones que tengo registradas en esa confusa memoria infantil compuesta de dichos, vivencias y fantasías, no atreviéndome a exponerlas por temor a que se mezclen la realidad con la fábula.

Hay una segunda etapa en que las edades se alcanzan, y el distante "Don José" se me convierte en un cercano y amigable "Pepe". Fueron unos memorables años, cuando me convertí en profesor del Instituto, y juntos participamos en un incipiente resurgir de la cultura lebrijana. Me atrevo a decir, porque él mismo me lo dijo, que esos años fueron de los más felices que pasó en Lebrija, no siendo causa extraña el apartarse un poco de la prosa cotidiana que lo invadía. Prosa cotidiana que asfixia y ciega a un espíritu sensible y culto, en un ambiente hostil; que, por eso, el poeta nacido de su sangre, dirá con clarividencia:

"Pasas indiferente entre los trinos
del jilguero o el arrullo de la tórtola
o la bronca perdiz que emprende el vuelo.

Te vas fijando si la tierra ofrece
el fruto que ha de dar, no porque ansíes
para ti su riqueza y disfrutarla,

más bien por el deber al que te sientes
ligado de manera que no sabes
como romper el yugo que te pesa.

...Surge en ti la esperanza de librarte
de aquel que crees no ser, y le encomiendas
al tiempo esa misión que no ves lejos."

Coincidieron los días en que el equipo formado por Hernández Díaz, Sancho Corbacho, Collantes de Terán, los hermanos Nandín y Estévez Guerrero, realizaban la letra L del "Catálogo Monumental de Sevilla y su Provincia". Todos los domingos acudían puntuales, y, puntualmente, con una ilusión casi infantil, los esperaba Don José Cortines para agregarse al grupo. Más de una vez asistí a las visitas, excursiones y tertulias de tan singular y selecto grupo. Las semanas se le hacían largas al ilusionado Don José, esperando ese domingo que le transportaba, en virtud de los ilustres visitantes, a la más original y eficaz academia del arte vivo de Lebrija. Fue entonces, cuando su fina sensibilidad y sus ansias de saber, descubrieron nuevas vertientes en la arqueología, gracias a los Señores Collantes de Terán y Estévez Guerrero. Adquiere un profundo conocimiento de la arquitectura, escultura y pintura lebrijana (y, por ende, universal) de las magistrales palabras de Sancho Corbacho y Hernández Díaz. Aquellas tertulias más o menos improvisadas, espolearon sus deseos de conocer, y constituyeron para nuestro extinto amigo, el más refrescante y nutritivo manantial de savia artística, que en él fructificó generosamente.

En estos años que comento, y a la sombra de las actividades culturales del Instituto, brotaron muchas ilusionadas empresas de carácter artístico: conferencias, excursiones, exposiciones y visitas a monumentos, que tenían en don José Cortines al más entusiasta colaborador. Se le despertó

por aquellos años el "gusanillo", un poco aletargado, de la pintura que ejerciera en el taller sevillano de González Santos. Mutuamente estimulados le comencé un retrato, hasta hoy colgado en lugar de honor.

Me halagan sus hijos diciendo que el mejor retrato de su padre es el que realicé por aquellos días; creo que exageran en honor del retratado; ¿o, tal vez, trasciende a ellos, por los sutiles y misteriosos caminos de la genética, la comunión de elevada amistad que, en aquellos días, se consolidó entre el pintor y el modelo? Lo que sí es cierto que, en las largas sesiones que posó para mí, me dejó al descubierto su noble espíritu y selló lo que había de ser una perpetua amistad.

Tengo para mí, que en ese acto de misteriosa transferencia que ocurre entre el pintor y el modelo, es el modelo inteligente quien tiene el más privilegiado punto de vista sobre el pintor: este, ocupado y preocupado por arrancar matices a su obra, está desprevenido, indefenso y con "la guardia baja" ante la mirada inquisitiva del modelo; el modelo juega, pues, con ventaja en el análisis del pintor. Es por ello que, en esos gestos, frases y opiniones que el pintor casi inconsciente vierte cuando pinta, hay más verdad que en el diván del psicoanalista. En consecuencia con ello, Cortines supo descubrirme desde una inédita y privilegiada perspectiva, reservada a pocos.

Pero no fue solo ese retrato, juntos logramos enfrentarnos a diversos modelos de naturaleza muerta, consultándonos experiencias y observaciones que surgían al pintar los mismos temas y modelos. Yo disfruté viendo el entusiasmo que ponía mi amigo en estas sesiones, mostrándome una humilde postura de aprendiz. Descubrí su gran humanidad al considerarme su maestro, cuando yo lo había tenido poco antes como el mío.

Tuve que salir de Lebrija y la distancia puso un paréntesis a esta cotidiana relación. Pero las noticias me llegaban y seguía informado de las actividades del amigo. La deuda que la ciudad de Lebrija tenía contraída con Don José Cortines se incrementaba cada día. Su amor por la patria chica no tiene medida; enumerar lo que este insigne benefactor ha hecho en favor de Lebrija y los lebrijanos desborda los límites de este breve recordatorio, pero no me resisto a mencionar cuatro que son pura evidencia para sus paisanos. Dígalos la noble institución de la "Hermandad de los Santos", el Grupo Escolar que lleva su nombre, la Capilla de la Aurora o la antigua sacristía de Hernán Ruiz, convertida en museo parroquial, amén de un larguísimo etcétera. No quiero agobiar con la extensa lista de su mecenazgo en beneficio de la ciudad que le vio nacer, por otra parte difícil de enume-

rar, porque también en esto ejercía el principio de su hondo cristianismo, y ni su mano derecha se enteraba de lo que hacía la izquierda.

Sé cuanto le costó dejar Lebrija, aunque nunca la dejó del todo; a ella retornaba cada vez con más fuerza, como si el poderoso imán de una pasión le arrastrase a la que ya es su última morada terrenal. Pero Sevilla le reclamaba y en ella se instaló. Ya, ganado para siempre por el arte y la cultura, aquí amplió su campo de actividades y aquí nos volvemos a encontrar. Volcado en toda noble empresa, podemos rastrear sus huellas benéficas en cuantos eventos culturales y artísticos vive la Sevilla del último tercio del pasado siglo.

Dos núcleos artísticos, con los que me siento vinculado, van a beneficiarse directamente con su gestión: el Museo Provincial de Bellas Artes donde ejerce funciones de dirección, y más tarde como cofundador de la "Asociación de Amigos del Museo" que tuve el honor de presidir.

Tan importante como generoso personaje no podía pasar desapercibido a la entidad que hoy nos acoge, la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Desde hacia tiempo, y residiendo en Lebrija, fue nombrado Académico Correspondiente de esta real Corporación; ya residente en Sevilla, y en la primera vacante, es llamado a ocupar el Sillón de Numerario que hoy nos deja vacante.

Si yo no tuviese razones de amistad las tendría de gratitud; por su propuesta fui llamado a esta Real Casa, y en su nombre la Academia me recibió con un precioso discurso en el que glosó mis modestos méritos. Con independencia de esta protocolaria recepción, se filtra en esa pieza de magistral oratoria, el profundo cariño que me profesaba, pues también aquí, como él me dijo: "querido Juanito, por abundancia del corazón habló la boca".

Estas pinceladas impresionistas e inconexas no le hacen justicia. Ahora soy más consciente de mis limitaciones para transmitir con palabras lo que sé y siento sobre el amigo desaparecido. Y puede que alguno se sorprenda de lo que voy a decir: este refinado y exquisito personaje fue un desterrado en su tierra, un desfasado de su tiempo, un incomprendido entre los suyos, una vocación malograda. Estas palabras encajan poco en lo que debe ser un "elogio fúnebre", pues no parecen reflejar las excelencias y elogios de su reconocida imagen de hombre feliz, alegre, educado, culto, servicial, pulcro, trabajador, caballero sin tacha, amante esposo y padre ejemplar.

Y no podrán comprender estas palabras quienes tengan una escala de valores en la que anteponen al "ser" el "tener"; quienes todo lo pesan, miden y cosifican; quienes prefieren la utilidad a la belleza, y todo lo cuantifican; quienes, necios ellos, como decía Machado, confunden "valor" y "precio".

En contra de toda apariencia, Cortines quería cantar, porque así lo sentía, en sintonía con el clásico sevillano:

"¡Pobre de aquel que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas y pesares.

Para una mayor comprensión de su elevado y noble espíritu me atrevo a proclamar lo que significaron para este hombre excepcional sus juveniles años atado al primario ambiente rural; o aquella ruptura con el proyecto de una vida de más altas miras culturales, que la guerra truncó; o su espíritu soñador y romántico en un tiempo de incomprendimientos y de prosaicas actividades; o una ansiada libertad bohemia vedada por la responsabilidad de sus tempranas cargas patrimoniales y familiares; una honda vocación de artista del todo incompatible con su absorbente profesión de agricultor. ¡Que difícil levantar el vuelo cuando tan hondas raíces tienes en el suelo! Y el plomo o el oro (que da igual) te lastran las alas...

Es la suya una biografía a "contracorriente" que supo afrontarla con espíritu de sacrificio, rayano en la heroicidad y, con tal grandeza de ánimo, que pocos pudieron percatarse de esa desgarrada lucha interior, a la que solo sobreviven los espíritus fuertes y generosos como el suyo. No se le fue por alto a su ilustre hijo, el académico y poeta Jacobo Cortines, cuando canta:

"Algo sé de tus sombras cuando dices:
mi vida no es amor sino cenizas
de un largo error que a su final se acerca."

Pero en "Carta de Junio" tienes, querido Pepe, el abundante amor que sembraste, renacido de esas cenizas, y que tus hijos, por boca de Jacobo te manifiestan:

"No fue un error tu vida, y la esperanza
que pido no te niegues está dentro
de ti con solo verla..."

Personaje singular, hondo y complejo, prototipo de una especie que suele pasar desapercibida y es poco valorada entre nosotros; porque en este "Gran Teatro del Mundo" el Autor le dio para representar el equivocado papel del labrador, el cual supo representar con fidelidad y responsabilidad, diciendo al Autor, como el personaje calderoniano:

"... justo sois, no hay que quejarme;
y pues que ya perdonarme
vuestro amor me muestra en él,
yo haré, Señor, mi papel
despacio por no cansarme."

Y lo hizo sin demostrar cansancio, tan perfectamente, que pudo asumir, además, otros papeles importantes; y, por eso, ya habrá oído las palabras del Autor divino:

"Y la comedia acabada
ha de cenar a mi lado
el que haya representado,
sin haber errado en nada,
su parte más acertada..."

Don José Cortines Pacheco, con la comedia acabada, puede gloriarse hoy de haber acertado sin errar esta representación mundana, y asistir ahora, en una representación de sí mismo, a esa eterna cena con el Hacedor.

He dicho.

Juan Cordero Ruíz